

(versión peruana para ensayos)

OLIVIA Y EUGENIO

(2009)

HERBERT MOROTE

Inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual de la Comunidad de Madrid, España.

OLIVIA Y EUGENIO

PERSONAJES:

- Eugenio, de 33 años o menos, tiene síndrome de Down, viste ropa deportiva de buena calidad, zapatillas con velcro.
- Olivia, su madre, tiene entre 50 y 60 años. Es atractiva para su edad. Muy bien vestida. Elegante.

ESCENARIO:

Se ve la parte posterior de un televisor grande. Un teléfono sobre una mesita lateral. Una cómoda o vitrina. Sobre algún sitio que se distinga está el retrato enmarcado del padre de Eugenio, de unos 30 cms. Al lado derecho una mesa de juego con cuatro sillas que utilizan de comedor informal, al baño de invitados, puerta a la cocina y puerta a los dormitorios. (Posibilidad de una escalera de pocos escalones que dan a un altillo en la que se ve el dormitorio de Olivia. Otra alternativa es un tabique que deje ver parte del dormitorio de Olivia)

1. LA LLEGADA DE OLIVIA.

Es otoño. 10 de la noche. La casa está toda iluminada. Sentado en un sofá está Eugenio viendo la TV, tiene puestos unos grandes auriculares. A veces parece muy excitado, todo esto sucede mientras el público entra en la sala. Comienza la acción cuando Eugenio se pone de pie, desconecta los auriculares, se oye a todo volumen el sonido de la película el Titanic cuando la gente cae al mar. Eugenio se mueve constantemente sin dejar de mirar el televisor. Gesticula. Levanta su mano derecha con la palma para abajo y la dirige violentamente hacia abajo, dando la sensación de que se hunde en el mar. Hace ruidos con la boca: pluff, bang, glog, flog, ugghh. Está agitado, se sienta y se pone de pie, corre alrededor del sofá. Por el lado izquierdo entra Olivia con un elegante bolso de marca. Mueve la cabeza con resignación. Eugenio no repara en ella.

OLIVIA. *(Gritando)* ¡Eugenio! ¡Eugenio! ¡Por Dios, baja el volumen de la tele!
(Se quita los guantes y el chal que deja sobre un sillón. Va al televisor y lo apaga)

EUGENIO- *(Recomponiéndose, se acerca a Olivia, la abraza y le da varios besos)* Ay, mami. Ay, mami. El Titanic. Pluff, pluff, *(con la mano hace gestos de hundimiento)*

OLIVIA- Ya has visto el Titanic miles de veces, hijito. ¿Es que no tienes otro video? ¿Por qué no te pones los auriculares?

EUGENIO- *(Quejándose como si ella no lo comprendiera)* Ay, mami.

OLIVIA- Qué ruido, hijo. Se oía desde el ascensor. *(Pausa)* Vamos a apagar un poco las luces. Parece que estuviéramos festejando algo. ¿No ves que tanta luz descubre nuestros defectos? *(apaga unas cuantas luces, pero el ambiente queda todavía agradablemente iluminado)* ¿Ya se fue Paula? *(Eugenio asiente con la cabeza)*

Claro, he llegado muy tarde, son casi las 10, qué barbaridad. ¿Has comido? ¿Te sirvió Paula la cena? *(Eugenio niega con la cabeza)*
¿No has comido nada, Eugenio? ¿Nada?

EUGENIO- *(avergonzado, en voz baja)* Chocate.

OLIVIA- Ay, hijo, para eso sí eres listo. ¿Así que encontraste los chocolates, eh?

EUGENIO- *(orgullosa)* Sí, mami, sí mami.

OLIVIA- Pues muy mal, el doctor dijo que eso es lo que te da dolor al estómago.

EUGENIO- Sí, mami.

OLIVIA- ¿Quieres comer algo?

EUGENIO- Sí, mami.

OLIVIA- Tú siempre con hambre. Voy a la cocina a ver qué nos ha dejado Paula. Bueno, recoge todas tus cosas y pon la mesa. *(Olivia saca de su bolso una bolsa de plástico de regular tamaño y la guarda en un cajón de la cómoda. Se queda inmóvil mirando el cajón unos instantes. Siente la mirada de su hijo y reacciona)* No toques nada de esto, ¿eh? No lo toques, caca. ¿Entiendes? Caca.

EUGENIO- Sí, mami. Caca.

OLIVIA- Muy bien. *(Pausa)* Esta noche tenemos mucho que hablar, ángel mío *(Dirigiéndose a la cocina. A sí misma para darse valor. Gesto de autoafirmación apretando los puños levantados y frunciendo el gesto)*. Vamos, Olivia, ánimo. *(Nota- El hablarse a sí mismo no es raro cuando uno vive solo, Olivia se siente prácticamente sola. Lo*

que se pretende, además, es que se note los diferentes registros de voz, tierna con Eugenio, dura con ella misma)

EUGENIO- *(con picardía)* Mami, olvidas tus cosas *(y le da los guantes y el chal que había dejado sobre un sofá)*

OLIVIA- Gracias, Eugenio. Tú estás en todo, ¿verdad? Y yo no sé dónde tengo la cabeza. *(Se va)*

2. EUGENIO ESCONDE UN FRASCO ROJO.

EUGENIO- *(hace un gesto de resignación moviendo negativamente la cabeza)* Ay, mami, ay mami. *(Luego coge una bolsa grande que está sobre un carrito que usan lo niños para llevar sus cosas, y empieza a meter en ella con mucho cuidado y orden su material de pintura: lápices de color, cuadernos para pintar, cuadernos para colorear, tijeras, reglas. A la mitad de su tarea mira el cajón donde su madre había guardado la bolsa de plástico. Se acerca. Abre el cajón y saca de la bolsa varios envases de productos farmacéuticos, los examina.*

OLIVIA- *(Desde la cocina)* ¿Quieres sopa?

EUGENIO. Sí, mami, sopa. *(Nervioso, coge un frasco de color rojo, lo examina, lo abre, huele y con la cabeza afirma que le gusta, y lo esconde con sus pinturas en la bolsa de deporte. Luego regresa y guarda de prisa los productos farmacéuticos dentro de la bolsa de plástico y cierra el cajón con cuidado)*

OLIVIA- *(Desde la cocina)* ¿Quieres albóndigas?

EUGENIO. Sí, mami, sopa. *(Regresa a la mesa y termina de guardar con cuidado sus pinturas)*

OLIVIA- *(Desde la cocina)* ¿Estás poniendo la mesa, Eugenio?

EUGENIO- Si, mami. *(De una vitrina baja saca manteles individuales, cubiertos, servilletas, vasos y platos para tres personas y los pone con esmero sobre la mesa. Entra su madre y lo ayuda a terminar la tarea)*

3. TRES CUBIERTOS, LA CLÍNICA AMERICANA, LA FIESTA

OLIVIA- Siempre tres, ¿eh?, siempre tres. ¿Cómo es posible que después de 10 años sigas poniendo tres cubiertos? ¿Nunca olvidas lo que aprendes, eh? ¿O esperas que algún día aparezca tu padre a cenar con nosotros? *(Pausa)* Eugenio esta noche pon solo dos cubiertos.

EUGENIO- No, mami. Se pone tres.

OLIVIA- Ya, pero por esta noche pongamos dos. Solo para ti y para mí.

EUGENIO- *(Molesto)* Yo siempre pongo tres.

OLIVIA- Lo sé, lo sé. Pero esta noche pongamos solo dos.

EUGENIO- *(Levantando la voz, casi chillando y zapateando)*. ¡TRES!,
¡TRES!, ¡TRES!

OLIVIA- No te enojas, ángel mío.

EUGENIO- *(Chilla)* ¡Siempre pongo tres!

OLIVIA- ¡No chilles! ¡Por Dios, qué genio! Cuando te pones así eres insoportable. *(Pausa)* Bueno, pon los tres cubiertos. ¿Estás contento ahora?

EUGENIO- *(Contento)* Sí, mami, tres. *(Acomoda bien los tres cubierto, se acerca y le da un beso)*

OLIVIA- Ay, qué hijo éste. Sabes, Eugenio, cuando te da el berrinche hasta me das miedo.

EUGENIO- ¿Yo, mami?

OLIVIA- *(Con falso regaño)* Sí, tú, no te hagas el santo, eres un diablito. *(Eugenio sonrío un poco, y arrima su cuerpo a su madre, ella busca sus ojos)* ¿Me entiendes todo, verdad?

EUGENIO- Sí, mami. *(Sigue arreglando la mesa sin prestar atención a su madre)*

OLIVIA- No hijo mío, no creo que me entiendas. Si me entendieras me harías muchas preguntas que no te podría responder. Me preguntarías por ejemplo ¿porqué llegué tarde? Y yo te mentiría, te diría que cuando estaba a punto de cerrar la galería entró un cliente muy importante, uno de los Tudela, que quería comprar algo de Syszlo. Ay, hijo, si te dijese la verdad te morirías de pena. Eres muy sensible, angel mío. *(Pausa)* Qué harías si supieses lo que me dijo el doctor de la Clínica Americana. *(Eugenio ha terminado de poner la mesa y la mira inquieto)* ¿Te das cuenta de todo, verdad?

EUGENIO- Sí, mami.

OLIVIA- *(Con dulzura)* No, hijo. ¡Quién como tú! *(Pausa)* ¿No te das cuenta, verdad?

EUGENIO- Sí, mami.

OLIVIA- *(Lo besa en la frente)* ¡Eres un ángel de bueno, Eugenio! Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Siéntate, te traeré la sopa.

EUGENIO- Mami. *(Hace el gesto de lavarse las manos)*

OLIVIA- Sí, hijo, ve a lavarte las manos y aprovecha para peinarte y arreglarte un poco. Ah... si quieres te cambias de ropa. Ponte algo bonito. Esta noche va a ser... ¿Qué te parece si ponemos unas velas y música para alegrarnos?

EUGENIO. *(Muy contento)* Sí, mami, velas, música, fiesta. ¿Tú y yo?

4. EL PADRE DE EUGENIO

OLIVIA- Sí, hijo, tú y yo. Nadie más. *(Se va Eugenio)* Para comenzar me serviré una copa, creo que la voy a necesitar. *(Se acerca al mueble, abre el cajón y se queda inmóvil mirando la bolsa que había dejado adentro. Luego, bruscamente, se va al carrito de licores y coge una de botella whisky. Se sirve generosamente).* Hace 10 años que no bebo ni una gota.

(En voz alta, como si quisiera que Eugenio la escuchase. Las luces del ambiente se oscurecen. Solo Olivia queda iluminada) Nunca bebí mucho. Tu padre lo hacía por todos. Al comienzo decía que era con clientes de la galería, pero cuando me hice cargo del negocio ya no podía darme esas excusas. Se pasaba todo el tiempo en el club de golf, por lo menos eso es lo que me hizo creer. Luego decía que después del golf cenaría con sus amigos. Más adelante salió con lo de las compras de pinturas en el extranjero y desaparecía varios días. Una vez se pasó dos semanas sin que supiésemos dónde estaba. ¿Pinturas? ¡Mentira! *(Silencio)* *(Se acerca a la mesa del centro y coge el retrato enmarcado de regular tamaño de su marido. Habla al retrato pasándose por la sala)* Por supuesto, desgraciado, no te ibas de

juerga con mujeres, eso era imposible: nunca fuiste bueno en la cama. Al contrario, eras desganado, perezoso. (*Mirando fijamente al retrato*) Tan guapo y alegre, y tan aburrido y soso que eras para hacer el amor. Quién lo creería, ¿verdad? (*Silencio*) ¿Sabes?, el primero que me dijo lo del casino fue Antonio. Ese sí era un amante poderoso. (*Retándolo:*) Y qué querías que hiciese. Yo era joven, guapa, llena de ganas para todo. ¿Cómo podía negar a mi cuerpo una necesidad tan básica? Si tú no estabas por la labor tenía que agenciármelas por mi cuenta. (*Pausa. Con coquetería*) A lo que nunca estuve dispuesta fue a renunciar a mi feminidad. Huy, ¡Qué bien suena eso! (*Pausa*) Tampoco fui una puta, como me dijiste una vez. Reconoce, miserable, que en todo momento mantuve una discreción exquisita. Lo que pasa es que basta que te acuestes con dos o tres hombres para que te digan de todo. Nada, pura envidia. (*Pausa*) Sabes bien que si no fuera por Eugenio estarías en la basura. Maldita gracia me hace verte aquí todos los días. (*Pone el retrato boca abajo*) El caso es que no creí a Antonio. Tú sabes: los amantes mienten tanto o más que los maridos. Después el detective privado que contraté me confirmó que eras un adicto a la ruleta, al póker, Sí, un adicto a las apuestas, al juego. Lo conocían en todos los casinos de aquí, de Panamá, de Las Vegas... ¡Qué vicio más estúpido! Hubiera preferido que fueses drogadicto, eso no nos hubiera costado tanto. Temblaba cada vez que me llamaban del banco. Perdimos nuestro chalet de Las Casuarinas, con lo que nos gustaba la piscina, el gimnasio, la sala de música. Fue horrible.

EUGENIO- (*En calzoncillos desde la puerta*) ¿Con quién hablas, mami?

OLIVIA- Con quién voy a hablar, hijo, con nadie. Vamos, date prisa hijo.

EUGENIO- (*Apuntando al retrato*) El retrato de mi papá se ha caído, mami.

OLIVIA- Qué manía con el maldito retrato. Ahora lo pongo bien. Apúrate, a cambiarte, te vas a resfriar.

EUGENIO- Si, mami. *(Se va)*

OLIVIA- *(Hablando nuevamente al retrato)* Si no te da ese infarto nos dejas en la ruina. Sí, en la ruina total. *(Pausa)* De nada sirvió internarte en esa clínica de Chaclacayo que nos costó un ojo de la cara. ¿Recuerdas, desalmado, que te escapaste? Ahora se añadía el problema del alcohol y la cocaína. *(Pone varias velas en la mesa y en la sala, las enciende)* No sé cómo pude vivir así. De qué valía divorciarme, la galería estaba a tu nombre. No, preferí seguir como estábamos, después de todo tu ausencia me dejaba más libertad. *(Pausa)* Para evitar tu mal ejemplo envié al mayor a estudiar a Miami, pero a Eugenio no lo podía enviar a ningún lado. Bueno, iba a su escuela especial todos los días. *(Pausa)*

EUGENIO: *(Entrando descalzo, con pantalón negro, sin camisa. Se dirige al retrato de su padre, lo levanta, le da un beso y lo pone bien)* Ahora está bien. No lo toques, mami, ¿eh? *(Se va)*

OLIVIA: No te preocupes, hijo. No lo tocaré ni para quitarle el polvo. *(Hablando como si lo oyese Eugenio)* ¡Qué amores estos! Ya no me sorprendes, hijo. Lo que me hacía alucinar era cuando después de varios días aparecía tu padre y tú lo abrazabas y besabas como si hubiese regresado de la guerra. Claro, no encontrabas nada malo en él, lo adorabas más que a nadie. No te importaba la facha en que llegaba, ni cómo olía. Le traías las sandalias, la bata, le encendías el puro, le ponías hielo en la copa, luego le preparabas la bañera. Ya hubiera querido el Príncipe de Gales tener un mayordomo como tú. *(Pausa)* Después lo acompañabas a su cama y te quedabas dormido junto a él. No te importaba de dónde venía, qué había hecho ni que nos estuviera dejando en la calle. *(Pausa)* Reconozco que tu padre también te quiso mucho.

Creo que fue su única virtud. *(Pausa)* Te quiso desde que naciste. *(Pausa)* ¡Eugenio! Qué estás haciendo, ven hijo. Ángel mío tú sabes también lo que es sufrir. Sé que echas de menos a tu padre, alguna vez te visto llorar frente a la fotografía. No te interrumpí, te dejé solo con tus penas. Sufrir callado es un derecho natural. Una vez te dije, qué te pasa, hijo, porqué estás así, y tú hiciste como si estuvieras resfriado, moco mami, moco, me dijiste. Eres tan bueno y sensible que disimulas tu dolor para que no me sienta mal. *(Bebe un poco de whisky)* Eugenio, ¿por qué tardas hijo?

EUGENIO- *(Desde dentro)* Ya voy, mami.

5- LA CONFESIÓN DE OLIVIA

OLIVIA- Date prisa. ¿Sabes, hijo?, no lloraste al nacer y te tuvieron que dar unas palmaditas en el culito hasta que soltaste un quejido muy leve. Respiraste y todos no sentimos aliviados. Es que ni al nacer has llorado, has sido feliz y nos has hecho felices desde que llegaste al mundo. *(Pausa larga)* Bueno, estoy exagerando porque la verdad es que al nacer nos preocupaste mucho: tenías con un color azulado muy extraño. El doctor dijo que iban a ponerte en una incubadora con oxígeno, que no me preocupara, ¿pero cómo podía no preocuparme? Te llevaron como a las dos de la tarde, y no pasó un minuto para que yo tocara el timbre para preguntar por ti, y así lo hice a cada rato hasta que puse locas a las enfermeras que terminaron dándome algo para dormir. *(Pausa)* Cuando desperté ya había anochecido y la habitación estaba llena de flores y de gente: los abuelos, los tíos, los primos, Susana, los González Uriarte, algunos amigos de tu padre, todas mis amigas. ¡Cuánta gente! Tenían que hacer turno para entrar. No me daban ni la oportunidad para preguntar por ti. Todos hablaban a la vez, qué locura, me felicitaban, “otro varón en la familia”, “tienes buen semblante”, “no parece que hubieras dado a luz”, y por supuesto preguntaban cuánto medías, cuánto pesabas, cómo te llamarías.

Esto último era fácil responder: en ese tiempo a tu padre y a mí nos encantaba el teatro y habíamos acordado que te llamarías Eugenio, como Eugenio Ionesco, como Eugenio O’Neil. Además en un diccionario de nombres vimos que Eugenio viene del griego y quiere decir “el bien nacido”. *(Levantando la voz)* ¡Eugenio! ¡Eugenio! ¡Vamos, hijo! ¡Date prisa! Mira que ya están todas las velas encendidas.

EUGENIO. *(De adentro)* Ya voy, mami. Me estoy poniendo guapo.

OLIVIA- Tú siempre estás guapo, hijo. Eres el más guapo de los chicos. Te lo juro, no te miento, para mí eres guapísimo. Date prisa porque si no me vas a encontrar borracha perdida y esta noche tengo que estar bien alerta. *(Mirando el cajón)* No vaya a ser que no pueda hacerlo... *(Toma un trago de whisky)* El caso es que cuando se fueron las visitas reclamé verte y lo que pasó fue que en vez de traerte vino el doctor Solís con una cara de circunstancia que anunciaba lo peor. Mirando al suelo me dijo: “Olivia, tiene que ser fuerte, le traigo malas noticias”. ¿Ha muerto, doctor? ¿Ha muerto? No, está sanito, señora, pero ha nacido con el Síndrome de Down. Yo no entendí nada. Bueno, síndrome sí, pero no lo otro. ¿Síndrome de qué? De Down, señora. Yo seguí en la luna, ni siquiera podía pronunciar la palabreja. ¿Qué es eso? ¿Es malo? ¿Se va a morir? En vez de responder, el doctor dio un largo rodeo hablando de genética, de pares y de no se qué. Todo lo que decía me sonaba extraño. En ese tiempo nadie sabía eso de Down y él dale a pronunciar esa bendita palabra; daban ganas de matarlo. Finalmente, dijo algo que comprendimos: mongólico. ¡NO, POR DIOS! ¡NO PUEDE SER! ¿ESTÁ USTED SEGURO? No lo podía creer. Tu padre tampoco. No había ningún antecedente ni en mi familia ni en la suya. Por lo menos, eso era lo que creíamos, después me enteré... *(Pausa)* No sabes cuántos especialistas hizo venir tu padre los primeros días. Todos dijeron lo mismo. *(Pausa. Levantando la voz)* ¡Eugenio, hijo. Date prisa!

EUGENIO- *(Desde su cuarto)* Ya voy mami, me estoy poniendo los zapotos.

OLIVIA- Ven, hijo, yo te los ataré aquí. *(Bebiendo un poco de whisky)*
 Apenas el doctor dijo eso quise verte. Me pusieron en una silla de ruedas y fuimos con tu padre a la sala donde estabas. No pudimos entrar, te vimos detrás de una ventana, tenías una aguja en el cuero cabelludo por donde te pasaban suero, estabas tranquilo, con los ojos cerrados. Tu color todavía era azulado, pero no tanto. Nos quedamos sin decir una palabra: mudos. Tu padre me cogió de la mano y yo se la apreté fuerte, como para triturársela. *(Pausa larga)* No sé cuánto tiempo estuvimos así. Finalmente me regresaron a la habitación, me acosté y pedí que apagaran las luces. No te imaginas los horribles pensamientos que surgieron en mi cabeza. Eran una mezcla de rabia, tristeza y desolación. Y... lo que es peor... *(bebiendo un sorbo del whisky)* mira que hasta ahora no lo he dicho a nadie. *(Pausa)* Nunca he podido, más bien nunca he querido recordar lo que pensé esas horas. *(Pausa)* A ver si tengo el valor de hacerlo esta noche... *(Pausa)* Bueno, allá va: te confieso, Eugenio mío, que me invadió una vergüenza horrible, vergüenza de haber dado a luz un hijo como tú. Vergüenza no tanto por ti ni por mí. Peor que eso: tuve vergüenza de lo que pensarían los otros. *(Bebiendo un sorbo)* Uff, creí que nunca iba a poder confesar esto. *(Pausa)* ¿Sabes qué me preocupaba? *(Pausa)* ¡Qué ruin soy! Lo que más me preocupaba era cómo lo explicaría a la gente. Qué diría a los que vendrían a verte, a felicitarme. Me imaginaba la cara de esos parientes, de esos amigos que al mirarte disimularían sus gestos de aversión antes de decir: "qué bebe tan bonito". *(Pausa larga)* No, hijo, a estas alturas no te puedo mentir, fue un golpe duro. Muy duro. ¿Por qué engendré un hijo como tú? Yo era joven, había terminado mi doctorado en Arte en la Católica, gozaba de una buena posición social, una galería de prestigio, tenía todavía un buen marido, tu hermano mayor era sanísimo. Y de pronto una desgracia horrible:

un hijo mongólico. Quitémonos las máscaras: nadie puede aceptar con alegría esa tragedia. Esa es la cruda realidad. Serías la mancha de la familia. (*Silencio*) Lo siento, hijo, esa fue mi reacción la noche que naciste, hubiera querido desaparecer, no haber existido nunca, me sentí abatida, derrotada, ...

(*Levantando la voz*) ¡Eugenio! ¿Por qué tardas tanto? Apúrate, hijo. (*Toma un trago de whisky*) ¿Sabes? Ese pensamiento me duró toda la noche. Lo siento, hijo, tenía que decírtelo. (*Pausa*) Esa noche recé por primera vez en muchos años, pedí a Dios que al despertar encontrase un bebe sano, que todo fuese un mal sueño, una horrible pesadilla.

6- LA LLAMADA DEL HERMANO

(*Suena el teléfono. Regresa la luz de ambiente. Olivia responde con enfado*)

Diga. Ah..., eres tú, Daniel. Hacía tiempo que no oía tu voz, hijo... yo también he estado ocupada, sin embargo te he llamado varias veces a tu móvil... a mí no me gusta dejar mensajes... No, no me pasa nada... tu hermano también está bien. Te llamé simplemente porque quería saber como estabas tú y los chicos... Para ser te franca no me interesa lo más mínimo tu mujer de turno... Es que ya no llevo la cuenta de tus esposas, hijo... No, no exagero, ¿cuatro?... Ah, tres solamente, bueno, no cuentas a las novias... , escucha, hijo, a la última ni la llamo ni ella me llama, así es mejor, agradezco su silencio... No, necesitaba nada. Mira, el que llama sólo para algo eres tú... Pero si es la verdad, hijo mío. Por ejemplo, qué quieres ahora.... (*Nerviosa*) No, mañana sábado no vamos a estar en casa... Ni vengas, estaremos fuera todo el fin de semana... Y a ti qué te importa dónde... No, no es que quiera ser grosera, pero me llamas después de meses y quieres que esté a tu disposición cuando tú quieres... ¿Sabes que hora es?... Dime la verdad, de qué se trata, ¿cuánto necesitas?... Es que te conozco bien, hijo mío... Sí, yo sé que me quieres, y yo también te quiero mucho, cómo no te voy a querer... eso no tiene nada que ver ... dime sinceramente, cuánto necesitas... ¿cuánto?, oye, eso es

muchísimo, hijo... No, ahórrate el trabajo, no me digas para qué y menos que me lo vas a pagar pronto... déjame pensarlo el fin de semana y pasa por aquí el lunes, *(estando su madre de espaldas, ha regresado Eugenio vestido de smoking blanco, se acerca a su madre de puntillas, pone su dedo índice en la boca indicando a alguien silencio)* ... bueno, trae todos los papeles que necesites que firme... muy bien, le daré un beso de tu parte... yo también te quiero mucho, hijo. *(Cuelga)* ¡Menuda sorpresa te vas a llevar el lunes! *(Por detrás Eugenio le pone las manos sobre los ojos)*

7- ¿QUIÉN SERÁS?

EUGENIO- Adivina quién soy, mami.

OLIVIA- ¿Quién serás, quién serás? ¿Serás Daniel? No, no eres Daniel. ¿Paula? No, no eres Paula. ¿Pedro? Tampoco eres Pedro. ¿Quién serás? Qué difícil es adivinarte. ¡Y qué perfumado estás! Te has vaciado toda la colonia, cariño. Ah, ya sé quien eres. ¡Eres Eugenio! *(volteándose)* Sí, eres Eugenio. ¡Vaya! ¡Qué guapo! ¡Qué elegante! *(Ayudándole con su corbata y sus cordones)* Déjame ayudarte con los cordones. ¿Por qué te has puesto tan elegante, Eugenio? ¿Por qué te has puesto el smoking?

EUGENIO- Velas, fiesta, smoking.

OLIVIA- No hijo. Las velas fueron solo un capricho mío. Un antojo, para pasarlo bien antes de... *(Pausa)* Hoy no estamos de fiesta.

EUGENIO- *(decepcionado, algo triste)* ¿No estamos de fiesta?

OLIVIA- Todo lo contrario, hijo. Hoy deberíamos ponernos de luto. Bueno, nosotros no... Después lo harán los otros...

EUGENIO- *(con tristeza)* ¿Me cambio, mami? ¿No estamos de fiesta?

OLIVIA- No, no te cambies, ángel mío. Quédate así, estás muy guapo.
(Pausa) Mira, yo también me pondré algo mejor y haremos una gran fiesta. La mejor de nuestra vida. Ya tenemos las velas, traeré champaña.

EUGENIO- ¿Champaña? *(hace un gesto de quitar el corcho con la mano)*
¡Pum!

OLIVIA- Sí, champaña. Pondremos música. Sí, haremos una bonita fiesta, Eugenio. Fiesta. Tú y yo.

EUGENIO. *(Alegre)* Fiesta, tú y yo. *(La besa)*

OLIVIA- Se bueno, pon un CD bonito. No tardaré. Un CD bonito, Eugenio.
(se va)

EUGENIO. *Busca un CD, luego mira el cajón donde su madre guardó la bolsa, se acerca, abre el cajón, saca nuevamente los productos.*

OLIVIA *(Desde adentro)* ¡Eugenio! Pon una música para bailar.

EUGENIO. Sí, mami. *(Nervioso. Se le caen unos productos al suelo)*

OLIVIA- ¿Eugenio, qué haces hijo?

EUGENIO. Nada, mami. *(Se siente descubierto. Deja los productos en el cajón pero no dentro de la bolsa. Va a los CD y toma el primero. Lo coloca. Es el villancico “los peces en el río”)*

OLIVIA- *(Desde dentro)* Ese no, hijo. Eso es para Navidad. Pon algo más bonito.

EUGENIO- (*Pone otro CD, se oye la música y empieza a bailar solo, el ambiente se oscurece y la música se hace apenas perceptible mientras se va iluminando donde está Olivia*).

8- EL ESPECTÁCULO DEBE CONTINUAR

OLIVIA. (*Parte del escenario se mueve y se ve a Olivia que ha sacado un vestido largo de color negro, escotado. Va frente a un gran espejo y se cambia... Hablándose a sí misma.*) No sé cómo Eugenio se las arregla para hacerme hacer esto. Malditas ganas tenía hoy para ponerme este vestido largo. (*Mirándose al espejo*) La verdad es que todavía me queda bien. El negro es siempre elegante cuando una se lo pone... pero para quitárselo delante de un hombre hay que ser más elegante todavía. Ja, ja. No puedo creer lo que digo en estos momentos. Debería estar llorando, muerta de miedo, pero la verdad es que para mí será una liberación... no me imagino pasando por quirófanos, quimioterapia, radiación, controles y más controles... y en un caso como el mío... Mejor hubiera sido un infarto... él sí tuvo suerte: le tocó dos veces la lotería, primero casándose conmigo. Lo digo de verdad porque a estas alturas no voy a pecar de modesta. Pero el premio mayor se lo llevó amaneciendo muerto. ¿Habría sido una sobredosis? Hay cosas que mejor es no saber. Dijimos infarto, para eso están los amigos.

EUGENIO: (*Gritando desde la sala*) Mami, date prisa, no me gusta bailar solo.

OLIVIA- (*Alzando la voz*) Ya voy, hijo, ya voy. (*A sí misma*) Este me ha resultado un tiranuelo. (*Pausa. Poniéndose algo en la cara*) Un poco de maquillaje no me irá mal, tengo que darle algo de color a mis mejillas. El peinado me lo dejo tal como está, quizá necesitaría un adorno alegre, una flor. (*Poniéndose un adorno de piedras*

preciosas) Bueno, esto no le irá mal. Quizá debería desconectar el teléfono para que nadie moleste. Ya se enterarán el lunes. Un poco más de pintura en los labios, perfume y estoy con mi galán. *(Oscuro en el dormitorio que desaparece)*

EUGENIO-*(Mientras su madre hablaba, Eugenio, con la música a penas perceptible y las luces bajas, ha seguido bailando tocando unas maracas. Cuando ve entrar a su madre las luces y la música vuelven a su nivel normal pero sin estridencias)* Guapa, guapa. Mami eres muy guapa. *(Se le acerca y la saluda ceremoniosamente con un beso en la mano)*

OLIVIA- ¡Qué caballero eres, Eugenio!

EUGENIO- Mami, eres muy guapa.

OLIVIA- Y tú, el joven más elegante del mundo.

EUGENIO- Si, mami. *(Sin soltarle la mano)* Vamos al espejo para vernos.

OLIVIA- *(Dejándose llevar)* Eres de lo más presumido, hijo.

EUGENIO- *(Frente al espejo, poniéndose más derecho, con aires de arrogancia)* Somos una pareja ideal, mami.

OLIVIA- Creo que sí, Eugenio, ideal. *(Pausa)*

OLIVIA- Caballero, le concedo bailar conmigo la siguiente pieza.

EUGENIO- Sí, mami.

Bailan con gusto algo moderno, una salsa o un valsecito criollo, si se pudiera una marinera, mejor que mejor. Luego Olivia se cansa. Está un poco mareada. Se sienta en un sofá.

OLIVIA- Apaga la música, Eugenio. Me siento un poco mal.

EUGENIO- (*Eugenio apaga la música, se sienta muy pegado a ella y, preocupado, le toca frente*). ¿Fiebre?

OLIVIA- No hijo, no creo que tenga fiebre.

EUGENIO- (*Tocándose él la garganta*) ¿Garganta?

OLIVIA- No, no me duele la garganta, hijo. Es solo... No sé cómo explicártelo, Eugenio.

EUGENIO- Ya sé, mami: ¡El estómago!

OLIVIA- No, hijo. No te preocupes. Tomaré un Dolotil y me pasará rápido. Trae mi bolso, por favor, está sobre la cama.

EUGENIO- (*Corre adentro, le trae el bolso y luego de la mesa un vaso de agua*)

OLIVIA- (*Saca una pastilla y se la toma*) Gracias, hijo. ¿Te gusta cuidarme, verdad?

EUGENIO- Sí, mami.

OLIVIA- Gracias, hijo. A mí también me gusta cuidarte cuando estás enfermito.

EUGENIO- ¿Quieres que te traiga otra pastilla?

9- ¿QUIÉN ES NORMAL?

OLIVIA- No, Eugenio, gracias, ahora quédate junto a mí hasta que se me pase... Sabes, hijo, no sé si fue Dios o algo que hizo que, cuando

te pusieron en mi regazo al día siguiente que nacieras, cambiase totalmente mi manera de pensar. Estabas medio dormido, no llorabas. Para mí eras un bebe precioso, achinadito, gordito, algo fofito. Al darte el pecho vi que eras maravilloso, lactabas con tranquilidad, con delicadeza. Mientras lo hacías me olvidé de todo. Eugenio, tú me diste la paz que nunca tuve en mi vida. Eras un angelito.

EUGENIO- ¿Yo, mami?

OLIVIA- Sí, hijo, fuiste un ángel precioso. Figúrate el disgusto que tuve cuando vino pediatra a decirme que no serías normal? ¡Ignorante! Por poco lo mato.

EUGENIO- ¿De verdad, mami?

OLIVIA- Te lo juro, Eugenio. ¡Atreverse a pronosticar tal cosa mientras te tenía en mis brazos y veía que eras la criatura más normal del mundo. Lo eché a gritos de la habitación.

EUGENIO- ¿De verdad, mami?

OLIVIA- Sí, hijo, y si no fuera porque estabas en mis brazos le hubiera arrancado los ojos. ¿Anormal?, qué idiota. Para comenzar que alguien me diga quién es normal. Nadie es normal, hijo. Tú crees, Eugenio, que tus primos son normales. A ver dime, ¿cómo son Luis y Teresa? ¿Luis y Teresa, cómo son?

EUGENIO- *(Se pone de pié e infla sus carrillos y con sus brazos indica un vientre voluminoso).*

OLIVIA- Exacto, son obesos como la mayor parte de los jóvenes de hoy. Claro si tus primos se hartan de coca cola, hamburguesas y patatas fritas ¿cómo no van a estar hechos unos cerdos? Estoy

segura que tú los ganas corriendo, nadando o jugando tenis. En el colegio también van muy mal. Pobres, creo que la grasa se les ha subido al cerebro. Al otro extremo tenemos a la vecina de al lado, la anoréxica. Lástima de chica, ¿tú crees que es normal estar tan delgada?

EUGENIO- *(Se chupa los carrillos y se alarga la figura)*

OLIVIA- Esa chavala necesita que la internen en un hospital, pero sus padres como si nada. Se contentan con comprarle ropa de marca carísima, como si el lujo pudiera ocultar sus huesitos. Pero hay más anormales, Eugenio. Por ejemplo, ¿crees que son normales los hijos de los Dorantes Revero que siendo tan jóvenes se emborrachan todos los fines de semana y les parezca una diversión maravillosa? Da vergüenza ajena verlos llegar en la mañana tambaleando y encontrarse con sus padres que salen a jugar golf.

EUGENIO- *(Coge una botella y se tambalea)*

OLIVIA- Exacto. Dime, hijo, ¿son más normales que tú los compañeros de Irene que son drogadictos?

EUGENIO- *(Hace como si esnifara una raya de cocaína del dorso de su mano)*

OLIVIA- Eso lo has visto en la tele, ¿verdad? Pues esos drogadictos ya quisieran ser como tú. ¿Sabes, Eugenio?, al hermano de Mercedes lo metieron en un reformatorio porque asaltaba farmacias y gasolineras. Sí, el chico era un asaltante.

EUGENIO- *(Hace como si su mano fuera una pistola)* La bolsa o la vida.

OLIVIA- Lo haces muy bien, hijo. Pero sigamos: ¿Crees, Eugenio, que esos que manejan borrachos y no solo se matan sino que matan a inocentes son más normales que tú?

EUGENIO- *(Con un gesto del brazo)* No, mami. No.

OLIVIA- Claro que no, hijo. Y mira que todos los fines de semana se dan casos así, y todavía hay miles de anormales que no aprenden, y siguen conduciendo borrachos, ¡Qué rabia! Pues ninguno de los que beben y conducen pueden decir que son normales. Por otro lado, Eugenio, Eugenio. Por otro lado, ¿son más normales que tú esos chicos que no salen de sus casas porque están pegados a la computadora? Sí, esos chicos que están pálidos como el papel porque nunca salen al sol.

EUGENIO- *(Hace como si teclease una computadora teniendo en las narices la pantalla)*. No, mami. No.

OLIVIA- Como ves, Eugenio, el mundo está lleno de gente anormal que no está en la cárcel ni en un psiquiátrico sino que se pasean tan frescos por la calle. ¿Sabes; Eugenio, a quien se consideraría una familia normal?

EUGENIO- No, mami.

OLIVIA- Creo que mucha gente consideraría a los González Uriarte como una familia normal. Por favor, él es un imbécil a quien lo único que le gusta es ponerse camisas negras de cuello alto para hacerse el interesante, el intelectual, aunque solo sepa hablar sepa hablar de fútbol. ¿Y ella...? Aunque no me creas mi amiga Jimena no fue tonta toda su vida, no, de jovencita era bastante espabilada. ¡Figúrate! le encantaba leer a los clásicos. Y ahora, ya ves tú, desde hace años no lee otra cosa que el Hola cuando no está pegada a la tele viendo esos programas basura. No sé qué le

habrá pasado, cada vez se me hace más cuesta arriba salir juntas. No hay de qué conversar salvo de chismes que no me interesan. Claro que con padres como los González Uriarte no hay que sorprenderse de que el hijo esté buscando trabajo desde que salió de la universidad hace ocho años y que la hija, eterna estudiante de idiomas, haya abortado dos veces. ¿Esa es una familia normal, Eugenio?

EUGENIO- No sé, mami.

OLIVIA- Pues la gente cree que los González Uriarte son normales y que viven bien. ¿Viven bien? pues si vivir bien consiste en tener una casa hipotecada, dos automóviles a medio pagar, y tarjetas de crédito al límite, ellos viven bien. Son una familia normal. ¿Qué te parece, hijo?

EUGENIO- No sé, mami.

OLIVIA- Pues yo sí, hijo. Esos no son normales, y como ellos hay millones que no son más normales que tú. ¿Tú crees que es normal ser drogadicto?

EUGENIO- Ya dijiste eso, mami.

OLIVIA- ¿Ya lo dije? Bueno, aquí va otra; ¿crees que es normal unirte a otros para golpear a cuanto negro se te cruce por el camino?

EUGENIO- ¿Cómo?

OLIVIA- Sí, ¿crees que son más normales que tú esos que dan patadas a los negros o a los mendigos?

EUGENIO. No, mami, no hay que golpear a nadie.

OLIVIA- Claro que no, hijo, claro que no. *(Pausa)* A ver, para no estar tan serios respóndeme esta: ¿crees que es normal ser del Sporting Cristal?

EUGENIO- ¿Cómo?

OLIVIA- Ja. Ja. Te agarré, Eugenio, te agarré. Era una broma, hablaba de fútbol.

EUGENIO. Ah, fútbol. *(saca de un cajón la camiseta de la selección del Perú con el nombre de Cubillas)*

OLIVIA- Muy bien que guardes esa camiseta, Cubillas se la regaló a tu padre para ti, Eugenio. Ese jugador sí fue un ejemplo de ser normal. Bueno, también los hinchas del Sporting Cristal pueden ser normales. ¿Pero tú crees, Eugenio, que eres menos normal que esos a los que en Europa llaman hooligans? Sí, esos que se emborrachan antes del partido, entran y arrojan botellas al campo y luego cuando salen rompen todo lo que encuentran a su paso.

EUGENIO- ¿Los que rompen vitrinas?

OLIVIA- Si, esos que rompen vitrinas.

EUGENIO- Yo no rompo vitrinas, mami.

OLIVIA- Claro que no, hijo, tu eres normal. Entonces, cuál es la diferencia entre los normales y los anormales.

EUGENIO- No sé, mami. No sé.

OLIVIA- Está bien, hijo. Yo tampoco lo puedo explicar. Pero de lo que sí estoy segura es que son anormales los proxenetes, los asaltantes,

los sicarios, los secuestradores, los narcotraficantes. También estoy segura que son un asco de anormales los pederastas, y ojo, muchos de ellos son curas. Qué horror. Y eso que no te hablo de los que pegan a sus mujeres o maltratan a los hijos porque es evidente que son unos anormales que ya quisieran ser como tú.

EUGENIO- (*Saca pecho y se ufana*)

OLIVIA- Muy bien hijo, tienes razón de estar orgulloso de ser como eres, y yo también lo estoy de ti. (*Pausa*) Ahora una fácil, Eugenio, ¿tú crees que los políticos corruptos son más normales que tú? ¿Verdad que no?

EUGENIO- ¿Qué es corrupto, mami?

OLIVIA- Ay, hijo, eso es largo de explicar. Mira, corrupto es un político que roba o que deja robar. ¿Tú crees que son normales los que vota n por políticos corruptos?

EUGENIO- No sé, mami.

OLIVIA- Posiblemente lo son, Eugenio. Pero los que con toda seguridad son anormales son aquellos palestinos e israelitas que se odian a muerte y no quieren encontrar la manera de vivir en paz. ¿Sabes lo único que los haría felices?

EUGENIO- No, mami.

OLIVIA- Lo único que los haría felices sería que los otros desaparecieran. Pensar así es propio de anormales. Y ni te digo de los irlandeses porque esos son los más anormales de todos. A ver dime, ¿cómo es posible que se hayan matado entre ellos siendo de la misma raza y siendo todos cristianos? Claro, los protestantes y los

católicos son cristianos. Y si no lo fueran, un pueblo no debería matar a otro porque no son como ellos. ¿No lo crees, Eugenio?

EUGENIO- No sé mami.

OLIVIA- Yo sí, hijo, matar a otro es ser anormal. *(Pausa)* Y no creas que asesinar compatriotas lo hacen solo los extranjeros anormales, te puedo decir con toda seguridad que igual o más anormales son los senderistas y esos malos militares que asesinaron setenta mil peruanos indígenas principalmente en Ayacucho. Y ni te cuento del grupo Colina que recibieron órdenes de ejecutar estudiantes en La Cantuta y a esos pobres peruanos de los Barrios Altos sin importarles siquiera que entre ellos hubiera mujeres y niños. ¿No, crees que eso sea malo, Eugenio?

EUGENIO- Eso es muy malo, mami. Muy malo

OLIVIA- Sí, hijo, ya quisiera la madre de un terrorista haber tenido un hijo como tú.

EUGENIO- Yo no soy terrorista, mami.

OLIVIA- Ni lo serás hijo, ni lo serás. *(Pausa)* Es horrible, Eugenio, lo que uno lee en los periódicos. El otro día salió que unos terroristas irakíes escondieron explosivos en la cintura de dos jovencitas con síndrome de Down. Luego las enviaron a un gran mercado. Los guardias de la entrada al verlas tan inocentes las hicieron pasar. Una vez que estuvieron adentro los malditos terroristas hicieron explotar la dinamita por control remoto matando a decenas de sus compatriotas. *(Pausa)* Los que planearon eso, sí que son anormales. De las chicas quedaron solo las cabezas, Eugenio.

EUGENIO. *(que se ha ido poniendo triste, se seca las lágrimas)* Me da mucha pena, mami.

OLIVIA- (*Abrazándolo*) Perdona, hijo. No he debido contarte la barbarie de esos anormales. (*Alegre*) Vamos a cambiar de tema. Ya me siento mejor. Solo quiero decirte para terminar que la más normal de todas las familias que conozco es la nuestra con tu padre ludópata y drogadicto, tu hermano que con 37 años ya se ha casado tres veces, y yo con una enfermedad despiadada que me obliga a hacer cosas que no quiero. Sí, somos una familia muy normal. Y lo más importante es que tú, Eugenio, eres el más normal de todos los seres del mundo. Tú, Eugenio, eres por naturaleza el más honesto, el más bueno, el más alegre. (*Pausa larga*) Ahora me siento mejor, ya acabé, hijo.

10- EL ALBERGUE

EUGENIO- ¿Acabaste?

OLIVIA- Si, hijo, ya acabé.

EUGENIO- ¿Me puedes dar sopa, mami? Tengo hambre.

OLIVIA- (*Riéndose*) Tienes razón, hijo. Con tanta charla me olvidé de la sopa. La pongo en el micro y te la traigo en seguida. (*Se va*)

EUGENIO- (*Se acerca al cajón, lo abre y mira adentro*)

OLIVIA- (*Desde la cocina*) ¿Quieres albóndigas? (*Eugenio no responde*) Eugenio, ¿quieres albóndigas?... Responde, hijo.

EUGENIO- (*Cierra rápido el cajón y va a la mesa*)

OLIVIA- (*Asoma la cabeza por la puerta de la cocina*) ¿Qué te pasa, hijo? ¿Por qué no contestas? ¿Quieres albóndigas?

EUGENIO- Sopa, sopa, sopa.

OLIVIA- (*Mutis, y desde la cocina*) Ten paciencia hijo, ya te la llevo.

EUGENIO. (*Se sienta, se pone la servilleta al cuello, coge la cuchara y grita*)
Sopa, sopa, sopa.

OLIVIA- (*Entra con la sopera*) Bueno, aquí tienes tu sopa, es la que te gusta:
de pollo con verduras y fideos.

EUGENIO- Uy, qué rico mamá.

OLIVIA- (*Le sirve y se sirve un poco ella*)

EUGENIO- (*Prueba la sopa con avidez*)

OLIVIA- ¿Está rica?

EUGENIO- Muy rica.

OLIVIA- (*Mientras Eugenio toma la sopa*) Tú siempre comes con apetito, ángel mío. Es maravilloso ver cómo acabas los platos. Figúrate, si hubiéramos seguido la recomendación de ese médico me hubiera perdido el regocijo de verte comer día tras día, año tras año durante treinta años. (*Pausa*) ¿Sabes lo que nos recomendó el doctor a la semana de que naciste? Ni te lo imaginas. Nos dijo que podíamos enviarte a un albergue para que se encargasen de ti de por vida. Es decir, te depositaríamos en un sitio y ya no tendríamos que preocuparnos jamás por ti. El doctor trajo varios folletos de residencias para criaturas como tú, algunas estaban en el extranjero y parecían hoteles de lujo. Yo pregunté por el precio. No, no creas que estaba interesada. No, nada de eso, fue simplemente curiosidad. Eran caros, muy caros, pero podíamos pagarlo con un poco de esfuerzo. El doctor nos dijo que valía la

pena porque un niño como tú rompe el ambiente normal de la familia, y que era mejor hacer como si nunca hubieras nacido. Después he pensado que el doctor recibía comisión por cada niño que enviaba porque no sabes la insistencia que puso en el asunto. Nos decía que ellos te podían tratar mejor que nadie: alimentarte, educarte, entretenerte. Todo eso de por vida y todo eso perfectamente legal. Es decir, borrar te para siempre de nuestra vista no infringía las leyes. Hacerte desaparecer era legal. *(Pausa)* ¿Tú crees que yo podía consentir eso? ¿Tú crees que después de haberte parido y dado el pecho podría abandonarte para siempre? Tú padre también rechazó la idea, él podría ser cualquier cosa, pero no un desalmado, menos contigo. Creo que tú fuiste la única razón que hizo durar nuestro matrimonio. *(Fijándose en el plato de Eugenio)* Ya has terminado, ¿quieres albóndigas, hijo?

EUGENIO- Sopa, mami. Sopa.

OLIVIA- Tómate la mía, hijo mío. No tengo apetito. *(Se cambian los platos y le agrega de la sopera un poco más).*

EUGENIO- Gracias, mami.

11- CÓMO HUBIERAS SIDO.

OLIVIA- *(Mientras Eugenio toma la sopa)* No creas, Eugenio, que siempre he aceptado como eres. Hay momentos que al contemplarte mientras pintas tan concentrado, o cuando nadas con buen estilo o simplemente cuando duermes a pierna suelta, me pregunto cómo serías si no hubieras nacido así... Me imagino que las chavalas se morirían por ti: guapo, brillante, alegre. Quizá serías un actor famoso, una estrella, actuarías en los mejores teatros, te ofrecerían jugosos contratos para películas de importantes directores, todo el mundo querría entrevistarte, tu foto saldría en las portadas de todas las revistas... O quizá serías un brillante ejecutivo de una

empresa internacional y viajarías por todo el mundo... No, mejor serías un broker de un gran banco, esos que manejando fortunas de millonarios se hacen millonarios ellos mismos, Qué te parece, ¡millonario!... No, no, mejor serías un médico prestigioso, un genio de la cirugía estética, esos que los artistas y personajes famosos se mueren por que les quiten años de encima. ¡Sí!, ¡eso! serías un genio de la cirugía, famoso, rico, elegante. ¿Qué te parece, Eugenio? *(Pausa)* Tendrías un Mercedes descapotable en el que lucirías tu tez bronceada en el Caribe. Sí, hijo, tendrías un carísimo auto deportivo.

EUGENIO- *(Deja la sopa y hace como que condujera un auto)*

OLIVIA- También tendrías una moto de alta cilindrada para ir a pasearte los domingos con botas altas, casco aerodinámico y un traje de cuero negro con dibujos de estilo. Una moto, Eugenio.

EUGENIO- *(hace como que conduce una moto)* ¡Pruun! ¡Pruun!

OLIVIA- Y practicarías esquí en Aspen, Colorado.

EUGENIO- *(Hace como si esquicara)* ¡Ciss!, ¡CISS!

OLIVIA- Equitación en Inglaterra, en un club muy selecto. Adorarías los caballos, Eugenio.

EUGENIO- *(Hace como si cabalgara)* Po, pon. Po, pon. Po, pon.

OLIVIA- Bucearías en Gran Caimán.

EUGENIO- *(Hace como buceara)*

OLIVIA- Hablarías por lo menos cuatro idiomas.

EUGENIO- Eso no sé, mami. *(Se sienta y sigue tomando su sopa)*

OLIVIA- No importa, hijo. Estamos soñando. Serías el Dr. Christian Barnard del siglo XXI. Te invitarían a grandes congresos médicos, y te rodearías de la jet-set internacional. *(Pausa larga)* Ay, hijo mío, pero luego pienso si la estrella del cine, el ejecutivo brillante, el broker millonario o el cirujano famoso, sería más feliz que tú. Me juego el cuello a que no. La carrera hacia la fama se hace sorteando envidias, encajando traiciones, asumiendo desengaños. Cuando leemos las biografías de personajes que admiramos nos enteramos que sus vidas privadas han sido una verdadera desgracia. Si la gente supiese cómo se paga el éxito, muchos dejarían de luchar por conquistarlo. Los famosos no tienen amigos de verdad, su familia es una olla de grillos. A nadie le interesa lo que sienten, en todo caso los quieren por lo que hacen o por lo que tienen. En cambio a ti, hijo, los que te quieren, te quieren como eres, sin ningún interés, de manera natural, espontánea, gratuita. Nadie te puede amar por otra cosa. ¿No es cierto lo que digo, Eugenio?

EUGENIO- Sí, mami. *(Segue tomando su sopa)*

OLIVIA- Pero ya que queremos ser realistas, hijo, lo más probable es que hubieses salido como la mayoría y esto no sería bueno para ti ya que son muy raros los casos en que la gente esté contenta con sus vidas, más bien nadie está contento. Vivirías frustrado de no poder conseguir lo poco a que aspirarías. El dinero no te alcanzaría para nada, tendrías que aguantar a jefes inútiles o majaderos, estarías en constante temor de que te echasen del trabajo ya sea porque compraron a la empresa o porque desean una reducción de personal. Mientras tanto tu familia bien gracias, les importarías un rábano y te pedirían más dinero, más atención, más tiempo, más todo. Ya lo decía un sabio: “de la familia ni la Sagrada”: suegras metomentodo, hijos insolentes, cónyuges incomprensivos. Por

Dios, qué infierno. Cuántos proyectos, sueños, ambiciones no se van muriendo con los años...

12- LA VIDA ES UNA CONTINUA PÉRDIDA

(Pausa larga. Ella se pone de pie mientras él sigue comiendo) La vida, Eugenio, es una continua pérdida, se pierde la salud, la energía, los amigos, la familia. Mira mi caso, como parece que no ha sido suficiente que ya haya perdido el apéndice, las amígdalas, la vesícula, y la matriz, el próximo miércoles me quieren quitar los senos, hijo mío. Si a eso añadido que he perdido algo de pelo, mucho de vista y bastante de oído, concluyo sin exagerar que la vida me ha masacrado. Pero estas pérdidas no son lo peor, hijo. Lo terrible es que he perdido la juventud sin enterarme dónde, cómo ni cuándo. Un día me desperté y encontré a otra mujer frente al espejo. Esa cara llena de arrugas no era la mía. Tampoco pude reconocer la otrora tersura y firmeza de mis brazos ni de mis piernas, ahora eran unos miembros fofos, celulíticos. No te cuento el resto para no deprimirme más de lo que ya estoy, solo te confieso que la imagen que tenía de mí misma desapareció para siempre por arte de magia, ahora era una caricatura de la pizpireta joven universitaria, de la galerista precoz, de la mujer deseada por hombres guapos. *(Pausa)* Todo esto se acabó, sí, pero no daré el gusto a los amigos de ver mi decrepitud. *(Pausa)* La naturaleza es perversa, malvada; debía contentarse con eliminar a la gente mayor y no ensañarse masacrándonos hasta hacernos irreconocibles. Claro, digo naturaleza por no decir Dios, porque es Él el que se burla de los mayores, nos ridiculiza. Usar pañales, babear, lagrimear, temblar, comer sin dentadura. No, eso no es justo ni necesario. *(Pausa)* Lo peor es que no solo he perdido el físico, también he ido perdiendo gente que he amado enormemente: mis padres, mis hermanos. Y no es que sea solo la muerte la que me ha quitado mis seres queridos, también es el

ritmo de vida la que me ha alejado para siempre de un sinnúmero de personas que podía haber jurado que seríamos inseparables. ¿Dónde estarán ahora, qué harán, cómo les habrá ido a mis compañeras del colegio, a mis amigas del barrio, a mis colegas universitarias, a las chicas de la playa? (Silencio) Pero sabes, Eugenio, de todas esas pérdidas las que más añoro son las de algunos amantes cuyos besos y caricias todavía siento en noches que me da por ser romántica. *(Pausa)* Como ves, he perdido, mucho, hijo mío. Realmente, no tendría motivos para brindar por nada que no sea el viaje final. *(Pausa. Acariciándole)* Así es querido Eugenio, no tengo nada por qué brindar. Sí, nada por qué brindar,

EUGENIO- *(Termina su sopa)* ¿Brindar? Brinda con champaña, como en el Titanic.

OLIVIA- ¿Quéee? De qué brindis hablas, hijo mío.

EUGENIO- En el Titanic todos brindan con champaña, mami.

OLIVIA- Tienes razón, mientras el barco se hundía hubo gente que resignada o inconsciente del peligro bebía alegremente champaña. Eso se llama tener mucha clase. *(Pausa breve, riéndose)* No sé cómo te las arreglas, Eugenio, pero siempre encuentras el modo de alegrarme. Haremos eso, traeré una botella de champaña y brindaremos. Ve sacando los vasos. *(Sale)*

EUGENIO- *(Va a ver la bolsa que está en el cajón, la observa unos instantes, luego se va a la vitrina y saca tres vasos de champaña)*

OLIVIA- *(entra con una botella de champaña tratando de abrirla)* Yo sé por quién vamos a brindar. Va a ser por ti, porque tengo la inmensa suerte de tener un hijo que no cambia con los años. Tú eres y serás mi eterno bebé. Eres lo único que no he perdido en la vida, al

contrario, cada día me haces sentir útil, joven, viva. *(Pausa)* No ves mis defectos, ni mis arrugas, No me recriminas los errores, no te quejas de mis manías. Soy tu heroína, tu hada inmortal. *(Sigue tratando de abrir el champaña)* Cómo se resiste este corcho. Estoy segura, Eugenio, de que muchas madres sienten envidia por mí: no me das preocupaciones, mientras las pobres están todo el día con el qué le habrá pasado a mi hijo, por qué tarda tanto. O por qué obtiene notas tan bajas en los exámenes. Y cuando entran en la universidad es peor, ya no se les puede decir nada, se creen independientes y sabios. Luego vienen las preocupaciones: si conseguirá un buen trabajo, si será feliz en el matrimonio, si tendrá el carácter y la fuerza para aguantar las injusticias de la vida. En cambio tú, Eugenio, eres lo máximo: tu vida es totalmente predecible. Siempre que vengo de la calle, sé que me esperas con alegría, con ansias de estar conmigo, saltas al verme y me besas hasta agotarme.

EUGENIO- *(La besa y abraza)*

OLIVIA- Soy la madre más afortunada. Brindemos por eso. Ay, hijo, no puedo abrir la champaña. Qué inútil soy.

EUGENIO- Yo, mami. *(Eugenio coge la botella y tampoco puede sacar el corcho)*

OLIVIA- Déjalo, hijo. Qué te parece si brindamos con Inka Cola.

EUGENIO- Sí, mami, Inka Cola.

OLIVIA- Muy bien, trae una botella de la refri y un destapador. *(P. Creo que las nuevas botellas ya no necesitan destapador)*

EUGENIO- Sí, mami. *(Se va)*

13- EUGENIO NO DISCRIMINA

OLIVIA- (*En voz alta*) Sabes, Eugenio, antes a los chicos como tú los tenían encerrados en sus casas. Qué barbaridad, ¿verdad? Eran tabú, nadie hablaba de ellos, y mira que nacían tantos como ahora, uno de cada 800 partos. Pero no sé, la gente los ocultaba como si fueran una tragedia, una vergüenza. Nosotros, nunca hicimos tal cosa. En eso el ludópata de tu padre se portó de maravilla, es más, creo que le gustaba exhibirte por todos lados: el club, restaurantes, fútbol. Creo que si le hubieran permitido que entrases al casino también te hubiera llevado allí. Tu hermano tampoco se ha avergonzado nunca de ti, a veces te llevaba a su colegio para que te conozcan en su clase. ¿Y sabes?, nadie se burlaba, al contrario querían jugar contigo. Es verdad, tengo que reconocer que la reacción de la gente siempre ha sido maravillosa. Solo hay que darles la oportunidad para que te conozcan. Todos te tienen simpatía, responden a tus saludos, se ríen contigo. Han sido tan pocas las ocasiones que te han hecho desplantes que no vale la pena recordarlos. Es que eres un ángel, hijo mío. Y como ángel que eres te gusta abrazar a todos: tanto a un rico como a un pobre, a un negro como a un rubio, a un viejo como a un niño. Tú no discriminas a nadie. Cuánto ganaría el mundo si siguiera tu ejemplo. No sabes cuánta discriminación existe, hijo mío. Basta que uno tenga un acento diferente, se vista de otra manera o tenga un color de piel distinto, para que la gente se ponga a la defensiva o lista a la agresión. Se discrimina a los extranjeros, a los pobres, a los indígenas, a los negros. Se discrimina a las mujeres, a los que tienen otra religión, a los que tienen ideas políticas distintas a las tuyas. Tú, en cambio, no reparas en nada, saludas y abrazas con la misma espontaneidad a todos, no le pones mala cara a nadie. Es que tú no te fijas en la envoltura de las personas, no te importa si son feas o bonitas, tú ves en cada uno de nosotros a un prójimo, a una persona valiosa. Deberían elegirte presidente de Amnistía Internacional.

EUGENIO- *(Entra con una Inka Kola grande y el destapador)* Ya, mami.
(Abre la botella y sirve los tres vasos)

OLIVIA- Salud, hijo. Por nosotros.

EUGENIO- Salud, mami. Tú y yo. *(Chocan los vasos y beben)*

OLIVIA- Eres muy buena compañía, hijo.

EUGENIO- Sí, mami.

OLIVIA- ¿Estás cómodo hijo? ¿No quisieras cambiarte? Si deseas ponte el pijama.

EUGENIO- ¿Con una bata, mami?

OLIVIA- Si quieres pónitela, hijo. Lo que tu quieras, tenemos tiempo todavía.

EUGENIO- Sí, mami. *(Se va)*

14- LA MUERTE DULCE

OLIVIA- *(arreglando la mesa. Como si estuviera hablando con Eugenio)* Ay, hijo, no creas, que estoy loca. No, lo he pensado muy bien, no tenemos otra salida. Mi cáncer ha sido plenamente diagnosticado por el que dicen es el mejor oncólogo del país y ratificado por otros dos especialistas a los que pedí una segunda opinión. Todos están de acuerdo en lo que hay que hacer: tienen que extirparme los senos, y si salgo bien, es decir si no muero, tengo que seguir un largo tratamiento de quimioterapia y quizá radiación para evitar una metástasis. Todo eso significa mareos, nauseas, diarreas, vómitos, dolores articulares, urticaria. Quedaré completamente calva, Eugenio. *(Silencio)* Resumiendo, quedaré hecha un despojo

humano. Me convertiré en una cosa que necesitará cuidados especiales. Quizá habrá momentos en que tendrán que ayudarme a caminar, a vestirme, a ir al baño. Lo más seguro es que no pueda conducir ni jugar al tenis por un largo tiempo. La calidad de mi vida bajará a los niveles más bajos que te puedas imaginar. (Pausa) No, no podré soportar esa manera de vivir. (*Silencio*) Me horroriza morir como mi madre y eso que ella no tuvo cáncer sino todo lo demás: presión alta, colesterol por las nubes, artritis, e infecciones de todo tipo, porque si no era la vejiga eran los riñones, o el oído, o los pulmones, bueno creo que los médicos hicieron uso de todo el manual de geriatría, pero la pobre a sus noventa estaba tan aferrada a la vida que no le importaba someterse a cuanto tratamiento le indicaban. Sus últimos años fueron un martirio para ella y para todos. Los hermanos nos turnábamos las 24 horas para no dejarla sola un instante. (Pausa) Sí, mi madre acaparó nuestras vidas, si no nos quedábamos a cuidarla en la noche la primera cosa que hacíamos al despertar era llamar para cómo estaba, si había ido al baño, si la habían cambiado, y así, toda la familia pendiente de su estado de salud. No podíamos hacer nada, ni viajar, ni tomarnos un respiro. No, ella era el centro de nuestra atención, fue una tirana doliente, pero tirana al fin. Su habitación era un amasijo de tubos de oxígeno, sueros, inyecciones, crucifijos, estampas, y un trasiego de médicos, enfermeras, sacerdotes, masajistas. Y ella sin ceder un ápice, aguantando, retrasando a base de sufrimiento un final predecible. Sinceramente, no vi en su actitud un acto heroico sino un capricho necio, un masoquismo sin sentido. Y claro la familia atada a ella. No, Eugenio, así no quiero morir. No quiero ser una carga para nadie ni deseo que la gente suspire aliviada cuando expire. No, a mi me gustaría causar el menor de los inconvenientes, suficiente será que se encarguen de mi incineración. (*Silencio*) Entiéndeme, hijo, la única salida que tengo es irme para siempre ahora que todavía puedo tomar decisiones por mí misma. Como dicen los boxeadores, hay que saber cuando es el momento para colgar los guantes. Si, porque

una vez que empiezas a perder la facultades, estás forzado a depender de otras personas. *(Pausa)* Créeme, Eugenio, que el dolor es lo que menos me importa. No, lo que me aterra es que luego no pueda pensar bien, discernir con claridad, ser yo misma. *(Pausa)* Nadie está a favor de la eutanasia hasta que se trata de uno mismo. Yo no lo estaba, es más, creía que había que luchar hasta el final, que uno no tiene derecho a quitarse la vida. Ya ves, las convicciones duran mientras no afectan a tu persona. En mi caso lo tengo muy claro, hijo mío, y en el tuyo también porque estoy segura que tu felicidad desaparecería cuando mi cadáver estuviese todavía tibio. ¿Quién te va a cuidar como yo? ¿Qué va a ser de ti? Tu hermano te quiere mucho, sí, pero ya ves, él tiene su vida, sus amores, sus negocios. Por más que quiera cuidarte no lo podrá hacer. No creo que la esposa de turno acepte tu presencia por tiempo indefinido, muy pronto la hartarás y no sabrá qué hacer contigo. Hay que tener en cuenta que ella también tendrá sus propios problemas y ocupaciones. No, no te cuidarán ni apreciarán tal como eres. Tarde o temprano decidirán que es mejor dejarte en una institución que se encargue de ti por el resto de tus días. Y eso si tu hermano, como tutor que será tuyo, es capaz de pagar tu pensión y no ha dilapidado tu herencia, que es lo más probable que suceda considerando sus continuas bancarrotas. Claro, yo podría modificar el testamento y nombrar a un banco como albacea para que se encargue de vigilar tu estado personal antes de dar dinero a tu hermano. Sí, podría tomar medidas legales, eso también lo he estudiado, pero luego de hablar con los mejores abogados me di cuenta de que no pondría mi mano en el fuego por ninguno de ellos. Los abogados son básicamente unos negociantes, como lo son los médicos, o los vendedores de pescado. Por otro lado, confiar en los bancos se ha convertido en un chiste de mal gusto, hasta los más grandes del mundo quiebran, y si no lo hacen te engañan con comisiones exorbitantes. Conclusión, nadie puede garantizar que lo que te deje de herencia se usará en tu beneficio. Pero aún si nadie te robara, qué calidad

de vida tendrías en una institución de esas. Quién te amaría como yo. No, hijo, no te puedo dejar solo. Tienes que venir conmigo. Ya está decidido, es lo mejor para los dos.

15- LAS PASTILLAS.

(Pausa. Buscando en su cartera un papel) Ya me lo sé de memoria, pero prefiero darle el último repaso. La "Asociación por una muerte digna" dice que no falla. *(Leyendo)* "Querida Olivia: tal como quedamos le envío productos para usted y su hijo Eugenio. Por favor lea bien estas instrucciones y si tiene dudas comuníquese con nosotros lo antes posible. Si ha comprendido todo proceda a identificar los productos que enviamos para cada uno de ustedes: tres pastillas de Secforte, dos tabletas de Nubiazor, y un frasco rojo que contiene estriónina con barbitúricos. Luego ingiéralos en este orden: Primero, tomen con agua las tres pastillas Secforte contra vómitos y diarreas, y esperen media hora para que hagan efecto. Esto asegura que sus organismos retengan todo lo que tomarán a continuación. Segundo, pasada media hora pónganse en la boca sin masticar dos tabletas de Nubiazor, este producto lo usan los anestésistas para inducir un sueño profundo. Nubiazor se disolverá instantáneamente en sus bocas. Esperen cinco minutos exactos o menos si sienten signos de somnolencia. Tercero, beban inmediatamente el contenido del frasco rojo que contiene estriónina mezclada con barbitúricos. La "Asociación por una muerte digna" les desea un dulce y feliz viaje" *(Termina de leer. Pausa)* Qué fácil es irse al otro lado. Es que la ciencia adelanta que es una barbaridad. *(Pausa)* En un momento pensé que iba a estar más nerviosa. Sin embargo, ahora que estoy a punto de hacerlo me parece algo normal, cotidiano, sencillo. *(Pausa)* Creo que seguir una receta de ají de gallina sería más difícil. Bueno, iremos paso por paso. Antes que nada hay que identificar y separar los medicamentos. *(Va al cajón y grita alarmada)* ¡EUGENIO! ¡Por qué

has abierto la bolsa! ¡Te dije que no tocaras esto! ¡EUGENIO! ¡Ven aquí enseguida!

16- A LAS ESCONDIDAS

EUGENIO- *(Entra ya cambiado en pijama y poniéndose la bata)*

OLIVIA- ¡Por qué has abierto la bolsa!

EUGENIO. *(Mira al suelo y se entretiene poniéndose la bata)*

OLIVIA- ¿Por qué tienes que fisgar todo, hijo?

EUGENIO- *(Sigue entretenido poniéndose su bata)*

OLIVIA- No te hagas el tonto. ¿Por qué metes las narices en lo que no te importa, carajo?

EUGENIO- No se dice carajo, mami. Es mala palabra.

OLIVIA- ¡Qué mala ni qué mala! Yo digo lo que quiero, carajo.

EUGENIO- Mami, carajo es mala palabra, no se dice carajo.

OLIVIA- Peor es meterse a husmear lo que no es de uno. Me desesperas, hijo. Vamos a ver si está todo. *(Examina los productos y los pone sobre la mesa)* Seis cápsulas de Secforte, cuatro de Nubiazor. ¡Carajo! ¡Falta un frasco de estriquina! Eugenio, dónde está el otro frasco de estriquina, un frasco rojo como este. Dónde está ese frasco, Eugenio. Horror, ¿lo has bebido? Dime, ¿lo has bebido?

EUGENIO- No, mami.

OLIVIA- Entonces dónde está.

EUGENIO- Adivina adivinanza.

OLIVIA- (*Enfadada*) ¿Qué cosa? No estoy para juegos, hijo. Dime, dónde está el frasco rojo.

EUGENIO- Adivina adivinanza, mami.

OLIVIA- (*Desesperada*) Por Dios, hijo, no estoy para juegos. Esto es serio, carajo.

EUGENIO- Mami, carajo es mala palabra, no se dice carajo.

OLIVIA- (*Cogiéndolo por los hombros*) Maldita sea, hijo. Dame ese frasco. No ves que sin eso no puedo hacer nada. ¿Dónde está?

EUGENIO- Adivina adivinanza.

OLIVIA- Dónde está, carajo.

EUGENIO. No se dice carajo, mami

OLIVIA- Bueno, ganaste, ya no diré carajo. Ahora dime, dónde has puesto un frasco rojo como este.

EUGENIO- Adivina adivinanza.

OLIVIA- (*A si misma*) No, no es verdad que esto me pase a mí. Estoy soñando, no puede ser. Este frasco puede ser para mí, pero a Eugenio no puedo dejarle solo. (*A Eugenio*) Ay, hijo, no estoy para juegos. Esto es muy serio, es de vida o muerte. Nunca mejor dicho. carajo.

EUGENIO- No se dice carajo, mami.

OLIVIA- (*Violenta*) Eres desesperante, hijo. Dime de una vez donde has puesto el frasco rojo o te parto la cara.

EUGENIO- Adivina adivinanza.

OLIVIA- No lo puedo creer. Esto no puede ser verdad, debo estar soñando. ¡Por qué me tienen que pasar estas cosas! A ver, hijo, se bueno, dile a tu mami dónde has puesto el frasco rojo.

EUGENIO- Adivina adivinanza.

OLIVIA- Me rindo, nadie puede contigo. Qué barbaridad. Ganaste, Eugenio, entonces vamos a jugar (*empieza a buscar por los cajones de sala y después por otros sitios.*) ¿Está por aquí?

EUGENIO- Frío, frío, frío.

OLIVIA- ¿Y por aquí?

EUGENIO- Más frío, más frío.

OLIVIA- ¿Por aquí?

EUGENIO- Frío, frío. Helado, helado.

OLIVIA- Ya sé, lo has llevado a tu dormitorio. (*Se va*)

EUGENIO- (*Abre su bolsa de pinturas, saca el frasco y lo guarda en el cajón donde estaba antes la bolsa, luego se acerca a la puerta de su habitación y grita*) FRÍO, MAMI, FRÍO.

OLIVIA- *(Regresando)* Si no está en tu cuarto debe estar aquí. Ya sé, lo has escondido con tus pinturas. Era fácil, debí adivinarlo desde el primer momento. Estoy perdiendo reflejos. *(Abre la bolsa)*

EUGENIO- Frío, frío, frío.

OLIVIA- No puede ser. Ah, ya sé, está en el baño. *(Va en dirección al baño)*

EUGENIO- Tibio, mami.

OLIVIA- *(Sigue avanzando a la puerta del baño)*

EUGENIO- Frío, frío.

OLIVIA- ¿Qué raro?, si no está en el baño tendría que estar en la cómoda, pero la cómoda ya la he revisado. Creo que aquí hay trampa.

EUGENIO. Caliente, mami, caliente.

OLIVIA- *(Abre el cajón y saca el frasco).*

EUGENIO- Te quemaste, mami, Bravo, ¡viva mi mami!

OLIVIA- Eres un pillo, Eugenio, me has engañado. Has cambiado de sitio al frasco, eso es trampa, hijo. Eso no se hace.

EUGENIO- Perdona, mami. No lo vuelvo a hacer.

OLIVIA- Uff, me has agotado, hijo. *(Riéndose)* Aunque te confieso que en un momento me he divertido, sentí que regresaba a mi niñez. No eres un ángel, Eugenio, lo que eres un diablito.

EUGENIO- Sí, mami. *(La besa y abraza tiernamente)*

17- PRIMERA DOSIS Y LA VENTAJOSA VEJEZ.

OLIVIA- La verdad, Eugenio, es que me desarmas con tus ocurrencias. Ven hijo, siéntate aquí, *(se sientan en el comedor donde están los productos farmacéuticos)* Mira, ahora vamos a tomar estas pastillas que el médico dice son buenas para el estómago.

EUGENIO- No me duele el estómago, mami.

OLIVIA- Ya sé hijo, a mí tampoco, pero las vamos a tomar de todas maneras porque el médico dice que son buenas. Cada uno tiene que tomar tres. Tres yo y tres tú. Mira, no son muy grandes, se toman con agua. Es muy fácil, hijo. Te harán bien al estómago.

EUGENIO- No me duele el estómago, mami.

OLIVIA- Sí, ya me lo dijiste. Pero te harán bien para digerir los dos platos de sopa que has comido, y antes comiste muchos chocolates, ¿recuerdas los chocolates que comiste?

EUGENIO- Sí, mami. Te prometo ya no comeré más chocates.

OLIVIA- Muy bien, hijo. Sé que no lo harás. Pero ahora vas a tomar estas pastillas.

EUGENIO- No me duele el estómago, mami.

OLIVIA- Mira, igual te la vas o tomar o me voy a molestar mucho.

EUGENIO- No te molestes, mami. Te quiero mucho.

OLIVIA- Si me obedeces y tomas las pastillas no me molestaré. Mira, yo las tomaré primero, ¿vale? *(Ingiere las pastillas)* Una. Dos. Tres. ¿Viste qué fácil es? Ahora te toca a ti.

EUGENIO- No me duele el estómago, mami.

OLIVIA- Ya sé, hijo, ya lo sé. Mira, hazlo por mí, toma tus pastillas.

EUGENIO- *(Las ingiere haciendo ascos)*

OLIVIA- Una. Dos. Tres. Muy bien. ¿Viste lo fácil que es? Ahora debemos esperar media hora para que haga efecto. Con esto no se vomita ni te da ganas de ir al baño.

EUGENIO- Ya fui al baño, mami.

OLIVIA- Muy bien, hijo. Mientras esperamos te cuento lo que vamos a hacer después. Mira, dentro de media hora vamos a ponernos estas dos pastillas debajo de la lengua para que se disuelvan solitas, y después beberemos el líquido que está en los frascos rojos. Un frasco para mí, y otro frasco para ti. Esto nos permitirá irnos a un largo viaje. Tú y yo, un largo viaje.

EUGENIO- *(Contento)* ¿Vamos de viaje, mami?

OLIVIA- Si, hijo. Nos iremos muy lejos, a una playa preciosa con mucho sol.

EUGENIO- ¿Al sol?, qué bonito, mami. Me gusta el sol, la playa. *(Se pone de pie y camina en dirección a su dormitorio?)*

OLIVIA- ¿A dónde vas, hijo? Regresa. Regresa, te he dicho. ¿Vas al baño?

EUGENIO- *(Volteando)* No, mami, ya fui al baño.

OLIVIA- Ven, hijo, vamos a sentarnos en el sofá y veremos una película.

EUGENIO. *(No le hace caso y se va)*

OLIVIA- ¡Regresa, Eugenio! ¡Regresa! ¡Qué chaval éste!, se hace el sordo cuando le conviene. Pero tenemos tiempo, medía horita todavía. *(Viéndose en un espejo)* Qué pena, tan bien como iba envejeciendo. Mis vestidos cubren lo que resulta penoso exhibir y dejan a la imaginación todo lo atractivo que todavía se puede encontrar en mí. Sí, creo que todavía mantengo un físico interesante, una elegancia y un saber estar que mucha gente joven ya quisiera tener. Y mi piel, ¡Ah mi piel!, cómo aguanta los años, claro que la he cuidado, cremas, masajes, un par de liftings y nada más. Nadie diría la edad que tengo. La verdad es que me he resignado a hacerme mayor pero no me imagino llegar a ser vieja. Cuando uno lleva los años con clase la gente te trata con cierto respeto, claro que no como en los tiempos de mis padres, entonces llegar a ser mayor era un enorme prestigio. Ahora no. Sé de muchos casos de ancianas que mueren en la más absoluta soledad y miseria. Ese, felizmente, no es mi caso, es más, reconozco que en los últimos años me tratan de un modo especial, sí, con cierta consideración, deferencia; eso siempre se agradece. Lo que me sorprende es que a veces hasta la gente madura se dirige a mí con una corrección especial. Generalmente son detalles imperceptibles que, aunque leves, no se me escapan: un gesto, una pequeña inclinación de cabeza, un esbozo de amable sonrisa o una ralentización al hablar para asegurarse de que comprendo lo que me dicen. Algo bueno tiene que tener acumular calendarios. *(Se oyen ruidos de cajones)* Eugenio, hijo, qué haces, ven con tu mami. *(Pausa)* Eugenio, vamos, hijo. No me dejes sola.

EUGENIO- *(Desde adentro)* Un momentito, mami.

OLIVIA- Date prisa, debemos hacer muchas cosas.

EUGENIO- *(Desde dentro)* Un momentito mami. *(Se oye un ruido de cajones y puertas de armarios)*

OLIVIA- ¿Qué haces hijo? Ven, te digo. (*Mirando los productos*) Por Dios, qué noche ésta. Bueno, será un final pacífico y dulce para una vida agitada y zarandeada. Ni mi gloriosa viudez me trajo alegría, yo ya bordeaba los cincuenta años. A esa edad la galería terminó acaparando mi vida: reuniones, invitaciones, inauguraciones. Los compromisos absorbieron mis años. Al final, fueron otros los que gobernaron mi tiempo, la manera de vestirme, la forma de comportarme. Sí, he vivido para el trabajo, para mis clientes, para mis amigos. Nunca he tenido tiempo para hacer lo que me hubiera gustado hacer. ¿Y qué me hubiera gustado hacer? Sí, ¿qué me hubiera gustado hacer?

18- ALETAS PARA NADAR

EUGENIO- (*Entra vestido para la playa, gafas para sol, gorra. Lleva una bolsa deportiva*) ¿Mis aletas, mami?

OLIVIA- ¿Dónde crees que vas Eugenio?

EUGENIO- A la playa, tú y yo.

OLIVIA- Ay, hijo, no me has entendido

EUGENIO. Tú prometiste llevarme a la playa. ¿Mis aletas, mami?

OLIVIA- Olvídate de tus aletas, hijo. Primero tenemos que tomar estas pastillas y este líquido.

EUGENIO- ¿Mis aletas, mami?

OLIVIA- Ven, siéntate, vamos a tomar estos remedios.

EUGENIO- ¿Mis aletas, mami?

OLIVIA- Olvídate de las aletas, te digo. Ven, siéntate junto a mí.

EUGENIO- ¿Mis aletas, mami?

OLIVIA- Me desesperas, hijo. Ya te he dicho que no sé dónde están. ¿Has buscado bien?

EUGENIO- Si, mami.

OLIVIA- Bueno, si no las encuentras tú menos las encontraré yo. Tú nunca pierdes nada, siempre eres muy ordenado. Ven siéntate conmigo que dentro de un momento tenemos que tomar esto.

EUGENIO- Mis aletas, mami.

OLIVIA- Ya te dije que no sé, hijo.

EUGENIO- Voy a buscarlas. *(Se va)*

OLIVIA- Ven, te digo. Qué chaval este, cuando le entra algo en la cabeza no hay quien se lo quite. *(Coge el teléfono)* ¿Paula? Disculpa que te llame a esta hora, querida, pensamos ir a la playa mañana y Eugenio no encuentra sus aletas.... Ah... sí, sí, ya lo recuerdo... Disculpa, no sé donde tengo la cabeza estos días.... No, no, te preocupes, que tu hijo se quede con ellas, le compraré otras a Eugenio... Te digo que no te preocupes... de nada, más bien disculpa que te haya llamado tan tarde. Bueno, hasta el lunes. *(Pausa)* Eugenio, Eugenio, ven, hijo.

EUGENIO- *(Entra)* No encuentro mis aletas, mami.

OLIVIA- Claro, hijo, no están. Acabo de llamar a Paula. Resulta que se las presté a su hijo para unas clases de natación. Disculpa, se me había olvidado.

EUGENIO- Ay, mami, mis aletas.

OLIVIA- Lo siento, hijo. Mira, llegando a la playa te compraré otras más bonitas. ¿De qué color las quieres? ¿Rojas, amarillas, azules?

EUGENIO- *(Piensa)*

OLIVIA- ¿Las quieres rojas, amarillas o azules?

EUGENIO- Rojas, mami, pero que sean muy grandes.

OLIVIA- Muy bien, hijo te compraré las más grandes y más bonitas del mundo. ¿Qué te parece?

EUGENIO- *(Bota de alegría)* Gracias, mami, unas aletas rojas y grandes.

19. LA CASA DE LA PLAYA

OLIVIA- *(Mirando su reloj)* Muy bien, ahora siéntate aquí que nos falta poco para tomar esto. *(Separa los productos en dos partes. Mira su reloj)* Sí, tenemos que esperar todavía. ¿De qué podemos hablar, Eugenio? ¿Qué quieres que te cuente, hijo.

EUGENIO- No sé, mami.

OLIVIA- Mira, hijo. Después de tomar estas pastillas y beber este frasco, dormiremos mucho y al despertar estaremos en un sitio precioso.

EUGENIO- ¿A qué playa vamos, mami?

OLIVIA- (*Coge los frascos, los mira y con voz calmada, sin entusiasmo, casi mecánicamente*) Vamos a una que tiene una arena fina, muy blanca, con palmeras y cocoteros.

EUGENIO- Qué más, mami. Qué más

OLIVIA- (*Sigue jugando mecánicamente con los frascos*) Es una casa muy bonita que está frente al mar.

EUGENIO- ¿Tiene piscina?

OLIVIA- (*Sigue jugando mecánicamente con los frascos*) Tiene de todo. Su piscina es inmensa, también tiene gimnasio, Jacuzzi. Es el paraíso, Eugenio.

EUGENIO- ¿Qué más mami? ¿Qué más?

OLIVIA- (*Sigue jugando mecánicamente con los frascos*) Tiene unas habitaciones enormes con grandes ventanas.

EUGENIO- ¿Qué más, mami? ¿Qué más?

OLIVIA- (*Deja los frascos pero mantiene la mirada en ellos. Habla con más énfasis*) Una cocina también muy grande, con un frigorífico inmenso.

EUGENIO- ¿Qué más mami? ¿Qué más?

OLIVIA- (*Sigue mirando los frascos y habla más entusiasmada*) Los muebles son cómodos, grandes. En la terraza pondremos dos hamacas para dormir la siesta.

EUGENIO- ¿Qué más, mami? ¿Qué más?

OLIVIA- (*Levanta la vista, gesticula*) El mar es maravilloso, parece recién pintado en colores esmeralda, turquesa, aguamarina.

EUGENIO- ¿Qué más, mami? ¿Qué más?

OLIVIA- La temperatura del agua invita a quedarte toda la vida allí. Nadaremos hasta una boya y de regreso a casa tomaremos zumos de fruta deliciosos.

EUGENIO- ¿Qué más, mami? ¿Qué más?

OLIVIA- Tendrás “teles” por todas partes, en la sala, en la cocina, en tu dormitorio. Todos los aparatos con auriculares para que no molestes.

EUGENIO- ¿Qué más, mami? ¿Qué más?

OLIVIA- (*Se pone de pie, está más entusiasmada*) También tendremos unas bicicletas muy cómodas para pasear por el malecón.

EUGENIO- ¿Qué más, mami? ¿Qué más?

OLIVIA- (*Con entusiasmo*) Tendremos cuartos para los amigos que llegarán tarde o temprano.

EUGENIO- ¿Podemos invitar al hijo de Paula?

OLIVIA- Bueno, Pedrito llegará algún día, claro que sí, y podrás nadar con él. Paula seguro que viene antes, ella es muy buena y cocina riquísimo.

EUGENIO- ¿Qué más, mami? ¿Qué más?

OLIVIA- (*Muy animada*) Arriba tendrás un amplio cuarto para que pintes sin preocuparte si manchas el piso. (*Pausa*) Mira, quizá me anime yo también a pintar. Realmente, creo que no lo haría mal. Me gustaría pintar como Szyszlo o Macedonio de la Torre, colores, espacios, volúmenes. Nada de figuras ni dibujos. Solo colores cálidos, esos que vemos en los atardeceres. ¿Te gustaría que pintase contigo?

EUGENIO- Sí, mami, mucho.

OLIVIA- Pues a mí también, hijo. Pintar ha sido la aspiración frustrada de mi vida porque cada vez que estudiaba alguna pintura hubiera querido añadirle algo, o cambiarle algún color o matizarlo de otra manera. Esta vez me gustaría pintar algo solo para mí, para ti. Me gustaría sacar a flote colores que están en el interior de mi alma. ¿No crees que eso sería bonito, Eugenio?

EUGENIO- Si, mami, muy bonito.

OLIVIA- Muy bien, entonces vamos a pintar juntos. Tendremos muchas telas, pinturas de todo tipo, y dos buenos caballetes.

EUGENIO- ¿Qué más, mami? ¿Qué más?

OLIVIA- ¿Sabes, Eugenio?, que de tanto hablar de la playa me está tentando la idea. No estaría mal tener una casa así. Vendiendo la galería y este piso podemos comprar esa casa y vivir con lo que sobrase. Al fin de cuentas no gastaríamos mucho, en la playa no se necesita ropa. Un par de bermudas, algunas camisetas y unas buenas zapatillas de deporte sería suficiente

EUGENIO- ¿Qué más, mami, qué más?

OLIVIA- (*Se sienta desanimada*) Ay, hijo, ¡cómo me gustaría hacerlo! Pero no podemos.

EUGENIO- (*Alarmado*) ¿No podemos? ¿Qué no podemos, mami?

OLIVIA- No te puedo explicar, Eugenio.

EUGENIO- (*Más alarmado*) ¿Qué no me puedes explicar, mami?

OLIVIA- Es muy complicado para ti, hijo. Mira que hasta para mí es complicado entenderlo. No te lo puedo explicar.

EUGENIO- Haz un esfuerzo, mami. Haz un esfuerzo.

OLIVIA- ¿Qué dices, hijo mío? ¿De dónde sacas eso?

EUGENIO- Tú siempre me dices “haz un esfuerzo” cuando no puedo hacer las cosas. Me dices “haz un esfuerzo, Eugenio, haz un esfuerzo”.

OLIVIA- (*Turbada*) Tienes razón, hijo, tienes razón. Pero ahora no tengo el valor para hacer otro esfuerzo que no sea el de...

EUGENIO- ¿No sea qué, mami? ¿Vamos a ir a la playa, verdad?

OLIVIA- (*Con reticencia*) Sí, hijo, sí.

EUGENIO- ¿A esa casa bonita, con piscina?

OLIVIA- Sí, hijo, sí.

EUGENIO- ¿A esa casa bonita con Jacuzzi?

OLIVIA- (*A punto de llorar, y cogiendo los frascos*) Sí, hijo, a esa casa con piscina, Jacuzzi, en la que pintaremos juntos.

EUGENIO- Qué bonito, mami. Qué bonito. Voy ha terminar de hacer mi maleta, mami. *(Se va corriendo)*

20- FINAL

OLIVIA- No te vayas, Eugenio. Regresa, hijo. *(Silencio)* Qué horror, me he enredado con mis propias palabras. ¿Me habré acobardado o realmente he pensado que podríamos vivir en la playa? ¿Qué es lo que ha cambiado ahora? Nada. Nada. El cáncer sigue su destino. No puedo entretenerlo con excusas ni distraerlo con fantasías. Llegará con toda seguridad, y qué voy hacer. No tengo ninguna alternativa, tengo que seguir con mi plan, no hay otra salida. ¿No hay otra salida? ¿Qué pasaría si...? ,no, no. Pero sí, ¿qué pasaría si el miércoles me someto a la operación y luego sigo el tratamiento? No puede ser, no estoy dispuesta a sufrir, sería una tortura. ¿Qué ganaría? Sí, ¿qué ganaría? *(Pausa)* Bueno quizá tendría unos meses más de vida, o quién sabe, quizá unos pocos años. ¿Valdría la pena? No sé, no sé. ¿Valdría la pena vivir un poco más? A Eugenio no le molestaría verme calva, delgada. Para él siempre seré adorable. Quizá Eugenio sería el único que no se horrorizaría al ver mi decrepito estado físico. A él no le molestaría ayudarme a ir al baño, o darme su apoyo para caminar. Creo que Eugenio sería a la única persona con la que no tendría vergüenza de que me viera desnuda. *(Pausa)* Quizá luego de la operación y la quimio podré recuperarme algo, ganar peso, y nadar un poco. Ah, cómo me gustaría pintar esos cuadros con los colores que siempre he deseado ver en un lienzo. Claro que más adelante la enfermedad triunfará y no habrá otra cosa que hacer sino emprender el último viaje. ¿Pero no estamos siempre en camino de emprender el último viaje? Lo único que ganamos es un poco de tiempo, solo un poco de tiempo. No sé, no sé. Mejor seguiré con el plan, es lo más conveniente para Eugenio y para mí. *(Pausa)* Pero, ¿y la playa?, ¿y la casa frente al mar?, ¿y gozar de mi hijo como nunca lo he hecho?, ¿y pintar?, sí ¿y pintar? Qué dilema, qué dilema. Estoy confusa. Lo que sí está claro es que ya no estoy

tan segura como cuando vine a casa. *(Pausa)* No, sí estoy segura de que tengo que irme, creo que en lo que no estoy tan segura es cuándo. Quizá pueda postergar el último viaje un poco más, total, siempre hay tiempo para morir. *(Silencio)* Olivia, Olivia, tienes que decidirte ya, ha pasado media hora desde que tomamos las pastillas contra el vómito. Bueno no pasa nada, las primeras pastillas no matan, y las otras las puedo guardar para el día en que ya no pueda más. No, con Eugenio no puedo guardar nada, él encuentra todo. Lo mejor será echarlas al inodoro y cuando esté realmente mal avisaré a “La Asociación por una muerte digna” para que me envíe otras dosis, ellos comprenderán, deben tener muchos casos como el mío.

EUGENIO- *(Entrando. Viste como para ir a la playa: bermuda, camisa con palmeras, gafas para el sol, gorro. Arrastra una maleta con ruedas)*
Ya estoy listo, mami. ¿Nos vamos?

OLIVIA- Estás guapísimo, hijo. Pero ahora tendrás que esperar un poco. Antes tengo que llamar a Iberia para ver si hay plazas en el último vuelo de la noche, luego al hotel para reservar y que nos vayan a recoger. Una cosa importante, Eugenio, tendremos que regresar el martes porque al día siguiente me operarán en un hospital.

EUGENIO- ¿En el hospital?

OLIVIA- Sólo unos días, Eugenio. Si quieres te puedes quedar a cuidarme.

EUGENIO- Sí, mami, yo te cuidaré mucho, lo he visto en la tele.

OLIVIA- Gracias, hijo. Pero no te preocupes, en cuanto me recupere de la operación venderemos esta casa y nos iremos para siempre a la playa, ¿vale?

EUGENIO- Sí, mami.

OLIVIA- *(Dándole un beso)* Muy bien, hijo, eres el ser más comprensivo.
(Llevándose en una bolsa los productos de la mesa, a sí misma)
Por el momento esto al inodoro. *(A Eugenio)* Hijo, voy a llamar desde mi habitación, y después tengo que hacer mi maleta.

EUGENIO- ¿Quieres que te ayude, mami?

OLIVIA- No, hijo, más bien si quieres mira una película.

EUGENIO- ¿Puedo poner el Titanic, mami?

OLIVIA- *(Yéndose al baño)* Mira lo que quieras, Eugenio. Pero ponte los auriculares. *(Entra al baño y sin cerrar la puerta se oye el flujo del agua. Luego se va a su habitación)*

EUGENIO- *(Busca un video y lo pone. Se oye muy fuerte el sonido de la película)*

OLIVIA- *(Desde dentro, gritando)* Eugenio, ponte los auriculares. Ponte los auriculares, Eugenio.

EUGENIO- *(Está absorto en la película)*

OLIVIA- *(Desde dentro, gritando)* ¡Eugenio, ponte los auriculares! ¡Ponte los auriculares, Eugenio!

TELÓN

